

Prólogo

MARTA AGUDO

«No».

Con gesto nihilista pone fin Azahara Alonso a su libro, este magnífico *Bajas presiones*, que cabe entender sin embargo como una gran afirmación, como el gran «sí» que son los 226 aforismos que lo constituyen. Libro primero de la autora, que no primerizo, en el que se nos presenta una constelación de doscientos «pensamientos» sujetos por la *chincheta* de una escritura lúcida e inteligente. Pensamientos sueltos, aforismos, formulaciones próximas a la greguería, convicciones éticas o ese «germen de una idea fecunda» que, como apunta ella misma, es percibido pero no desarrollado por extenso. Azahara Alonso apuesta por afilarlo, por darle la formulación breve propia del género. Un género que está cobrando prominencia en nuestros días, que va poco a poco conquistando espacio editorial y presencia en las revistas literarias¹, pese a la dificultad de atraparlo teóricamente y darle una definición distintiva. Por otra parte, ¡qué más da! Antes que enfangarme en un inventario de clasificaciones y tipologías en función de rasgos temáticos, tonales,

¹ Véase a este respecto el imprescindible prólogo de José Ramón González a su antología *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)*, publicada igualmente en Trea en 2013.

etc., prefiero seguir a uno de los máximos expertos en la materia, Franz H. Mautner, y valerme del término «aforismo» para aludir a la diversidad de ese cajón de sastre en el que se aglutinan buena parte de las paremias.

Este carácter proteico lo encontramos en *Bajas presiones* desde la primera página. Naturalezas diversas, tonos varios... y todo ello hilvanado por unos silencios que con frecuencia convierten al lector de aforismos en autor. Todo libro fragmentario lleva al receptor al límite de la creación, dada la necesidad de dar sentido ¿narrativo, dramático? a la sucesión que tiene ante sí. Aviso a navegantes: difícilmente se podrá leer este libro sin que una idea literaria nos asalte de pronto y –eso ya dependerá de la pereza o presteza del sujeto– corramos a apuntarla en un trozo de hoja, en el ordenador o en el móvil. Y menciono el móvil porque han sido sin duda el *tweet*, el SMS y la comunicación informática en general, en tanto que síntomas de una «sociedad líquida» (en términos de Bauman), con su inasible rapidez y prisa permanente, con su voluntad de confesión a menudo no pedida, los responsables parciales del auge del aforismo. Algo que este libro certifica en frases como «Vivimos apurados para llegar puntualmente a la rutina» o «la tecnología hace extrovertido al solipsismo».

Azahara Alonso, lectora no inocente y de formación filosófica, conoce bien a sus antecesores y no duda en situarse en la línea de un Cioran (al que mira con salubre escepticismo), del saber de los *Pensamientos* de Pascal y, en fin, de los palimpse-

tos borgianos que subyacen en toda tradición escrita. «Este aforismo nace de un texto de Borges», escribe, y un poco más adelante una de las frases que más me ha impactado: «La última digestión ya no la haremos nosotros». Por el camino, la autora se muestra conocedora de las teorías del lenguaje poético y nos provoca con «Manual de lingüística: domestique las palabras». Y así es. Si bien «la gramática es la metafísica de los pueblos», el manual y el diccionario restringen la realidad a los tediosos baremos de lo correcto o lo incorrecto. Pensamiento por tanto inamovible en el que no cabrían brillantes intuiciones como «Isla se escribe sin hache» (con un guiño a Jardiel Poncela), pues en él todo permanece estanco, sin crear conexiones con otras realidades, sin convivir con la necesidad de un proceso cognitivo diferente, sin la presencia de la imaginación poética. Porque, ¿quién duda de que estamos también ante un libro de poemas? «La más alta literatura es garabato» o apreciaciones entrañadas como «No hay intimidad como la del olor de los amigos» son ejemplos de lo que digo.

A este respecto cabe preguntarse quién escribe *Bajas presiones*, quién pergeña a esas dañinas cinco de la mañana las páginas que ahora se ofrecen al lector. Se trata sin duda de un texto en el que no se buscan, como se aspiraría a través de la máxima o del apotegma filosóficos, verdades universales, palabras litografiadas: su fin es deletrear un mundo personal. A su vez, nos alejamos del potencial «novelista» que, en las clarividentes palabras de Albert Camus, hubiera podido ser Chamfort, del

«recetario» de usos y costumbres de los moralistas franceses, para acercarnos a una subjetividad moderna –¿por qué no posmoderna?– marcada por un pensamiento fragmentario y diverso. ¿Cabe otro en la vasta multiplicidad de instantes en que convertimos los calendarios? De este modo, y con cita de Rilke («¿Quién habla de victorias? Sobreponerse es todo»), nos ubicamos fuera de los discursos triunfantes y concluidos, fuera de cualquier sistema filosófico que no se formule a modo de iluminación. Destellos personales en los que, como dije antes, conviven la inspiración greguerística, el humor negro, la reflexión social o una veta de persistente desengaño. Una voz, en fin, madura, sin miedo a ahondar en las cicatrices del ser humano y con clara voluntad literaria.

Valgan para ir haciendo boca ejemplos como «Escribimos porque no tenemos respuesta», «Nos despertamos despeinados porque el tobogán del sueño nos alborotó el pelo», «El dinero es el ademán de los héroes sin gesta», «Todas las casas en las que he vivido mantienen mi hueco en el centro del aire», «Eva inventa la filosofía. Adán la política», «No hay mejor adhesivo que la enfermedad» o «Si uno ha gozado del perdón, sabrá que errar es divino». Erremos pues por las páginas de *Bajas presiones* y perdámonos en su decir inteligente.